

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACION DEL COLEGIO DE GRADUADOS EN CIENCIAS ECONOMICAS

Registro de Propiedad Intelectual N° 631.176

Año LV

Enero a Marzo de 1967

Serie IV, N° 27

SUMARIO

COLABORACIONES

Autarquía Universitaria

Alberto Mario Caletti 3

Hacia una reforma pedagógica en el dictado de Contabilidad
General

Quintino P. Dell'Elce 21

Resurgimiento del Debenture

Ignacio Zapolanski y Marcelo Hartzstein 31

CONFERENCIAS

La Inflación y el Desarrollo

Emilio De Figueroa 51

A propósito para planes de previsión social

José Barral Souto 67

DOCUMENTOS

Métodos de valuación de Inventarios

Alberto T. López 73

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

El desarrollo de América Latina y su financiamiento, de *Felipe
Herrera*

87

Dirección y Administración

Avda. CORDOBA 1261

Buenos Aires

C O N F E R E N C I A S

de EMILIO DE FIGUEROA

La Inflación y el Desarrollo (¹)

Quiero empezar agradeciendo las amables palabras que el Vicepresidente de este Colegio ha dedicado a España y a mi humilde persona.

Desde luego tiene razón cuando dice que cuando se viene a la Argentina no se viene a un país extraño, se viene a un país hermano. No cabe duda que los lazos de amistad que unen a los españoles con los argentinos se van haciendo con el paso de los años más fuertes y más duraderos.

Me he encontrado muy sorprendido del elevadísimo nivel cultural de este país, de los progresos extraordinarios de todo orden que se observan.

Hemos elegido un tema que me parece que es de gran actualidad, tanto en España como en la Argentina; el tema se refiere a la inflación y el desarrollo económico.

Se ha planteado un dilema que, desde el punto de vista puramente académico, tiene una enorme importancia pero que la tiene más desde el punto de vista social y político, que es la compatibilidad del objetivo del desarrollo económico con el objetivo de la estabilidad monetaria.

No es un tema baladí de ningún modo, puesto que gran parte de las tensiones sociales y políticas que se suscitan en nuestro mundo son motivadas o por una insuficiente tasa de desarrollo económico o por un exceso de inflación monetaria.

Desde el punto de vista teórico no cabe la menor duda de que el desarrollo económico no es incompatible con la estabilidad monetaria; ambas metas se pueden alcanzar simultáneamente, pero no cabe duda de que se trata de algo muy difícil de lograr en la práctica.

La estabilidad monetaria y el desarrollo económico han planteado un dilema a los economistas y a los políticos, lo mismo que

¹ Conferencia pronunciada en el Colegio de Graduados en Ciencias Económicas, el 3 de agosto de 1966.

inevitable en un proceso de desarrollo económico siempre que se mantenga dentro de unos determinados límites.

Para ver esto, que tan fácilmente se enuncia teóricamente, tenemos que intentar aclarar las causas, la etiología de la inflación.

La inflación no es un fenómeno uniforme, aunque los síntomas de la inflación son siempre los mismos: una subida general de precios de carácter continuo. La inflación obedece a muchas causas; es una expresión general de un fenómeno muy complejo y muy largo.

Puede haber una inflación de demanda, puede haber una inflación de costos y una inflación estructural. Puede haber una inflación importada, en el sentido que los aumentos en el interior del país proceden de aumentos de precios en el exterior a través de las importaciones; puede haber una inflación sistemática deliberadamente organizada por un gobierno para conseguir ingresos u objetivos que no puede lograr por la vía normal del esfuerzo recaudatorio.

Dentro de todas esas posibilidades de tipos diferentes de inflación hoy aceptan casi todos los economistas, que los tres tipos más importantes son la inflación de demanda, la inflación de costos y la inflación estructural.

El concepto de inflación estructural se debe a economistas latinoamericanos; los anglosajones habían rechazado hasta ahora semejante clase de inflación.

Ha sido la labor tesonera de los economistas hispanoamericanos, especialmente economistas argentinos, chilenos y brasileños, los que han conseguido poco a poco que en el mundo anglosajón se acepte la posibilidad de una inflación estructural.

Empecemos por describir los diferentes tipos de inflación, después veremos las terapéuticas de estos males y por último los corolarios, las consecuencias que para el desarrollo económico de la Argentina, de España y de otros países en vías de desarrollo, pueden implicar estas enseñanzas.

La inflación ha existido siempre, no es un mal que haya brotado del desarrollo económico. He recogido datos de precios de Inglaterra desde 1725 hasta 1965 y se observa un aumento más o menos constante, y se conoce con el nombre de inflación secular.

Sin embargo hay características nuevas en la inflación actual. En el siglo XIX y en este siglo más o menos hasta la segunda guerra mundial, los precios han subido y han bajado, había una cierta compensación aunque la línea de tendencia manifiesta un alza continua. Pero lo que caracteriza nuestros días es que los precios suben pero jamás bajan.

No se ve en ninguna parte que descieran los precios, cualesquiera sean las circunstancias coyunturales porque atraviesa el país. Esto se debe a que los precios han perdido gran parte de la flexibilidad que tuvieron en el siglo XIX; no se forman en un mercado libre, de competencia, sino que en gran parte se trata de precios administrados, precios fijados por el poder político, por los sindicatos o por grandes empresas monopolistas y por lo tanto la mayoría de los precios son rígidos a la baja y sensibles al alza. Esto hace que el problema de la inflación secular se haya agravado. Pero, por otra parte, encontramos que las subidas de los precios no son reversibles, lo cual quiere decir que el envilecimiento del dinero es constante; es un proceso de erosión constante.

¿A qué se debe esto? Ha habido muchas teorías que han tratado de explicar la inflación. La más primitiva se originó en el siglo XVI con motivo de las famosas remesas de oro y de plata de América a España y dio lugar a una subida de precios impresionante que se calificó como la revolución de los precios.

Entonces el padre Mariana y otros pensadores trataron de establecer una explicación lógica de aquel fenómeno y desde entonces se estableció una relación entre el índice de precios y la cantidad de dinero en circulación. Es decir que se llega a la conclusión de que los precios suben porque hay más dinero en circulación.

Pero, naturalmente, el dinero en poder del público no significa que se esté gastando en la adquisición de bienes y servicios. Si el dinero se guarda, si no se utiliza, el aumento de la circulación monetaria no implica un aumento de precios. Solamente el dinero activo, el dinero que está siendo utilizado tiene un impacto sobre los precios.

Por una parte hay una tendencia a utilizar el dinero no como medio de cambio sino como un activo, como un valor patrimonial; el dinero sirve para comprar cosas, para pagar cosas pero sirve también para retener una parte del activo de una persona o de una empresa en forma líquida y esta nueva función del dinero hace que la gente prefiera tener dinero a tener otras cosas. Eso es lo que se llama la preferencia por la liquidez.

Por lo tanto la velocidad de circulación del dinero puede ser mayor o menor y puede neutralizar un exceso de creación de medios de pago si la gente opta por tener el dinero ocioso. Ya veremos que esto no suele ocurrir en un proceso inflacionista donde la gente tiende a desprenderse del dinero rápidamente antes de que pierda más valor.

Por lo que se ve en los procesos de inflación no solamente es el aumento de la cantidad de dinero en circulación lo que per-

tema
ant.

permitían sus reservas auríferas. Esto es cierto pero se debió a un verdadero azar venturoso tal coincidencia.

En el siglo XIX, de 1870 hasta 1914, tuvo el mundo la suerte de que el aumento de la producción de oro coincidió en su ritmo con el aumento del desarrollo económico mundial y con el aumento de la población en esa época, que era muy inferior en relación a lo que ha sido después.

El crecimiento de la producción de oro en el mundo fue del 3 % acumulativo anual, el aumento de la renta mundial en ese período fue del 3 % anual acumulativo y además la población permitió ese aumento de la producción sin crear graves problemas.

Pero una vez que esa coyuntura no se ha dado, el patrón oro sería totalmente inaplicable en esta época porque la cantidad de dinero que haría falta para el crecimiento de la economía mundial al ritmo actual sería insuficiente a no ser introduciendo constantes sobrevaloraciones del oro.

Por lo tanto hemos de decir que tan peligroso es un exceso de medios de pago de liquidez, en el sentido de inundar el país de dinero, como puede serlo una insuficiencia de medios de pago.

Los dos extremos son peligrosos. En un caso tenemos una inflación galopante y en otro tenemos una depresión creciente.

De modo que tenemos que buscar nuevamente una avenencia, un compromiso entre la expansión de los medios de pago y el crecimiento de la producción o de la renta real. Esto es muy difícil de lograr porque no se ha descubierto hasta el momento cuál debe ser la proporción de dinero relativamente a la renta nacional que hace falta para un crecimiento equilibrado. Este es un problema científico que aún no ha sido resuelto por nadie. La prueba está en que hay montones de literatura sobre la liquidez mundial, sobre la cantidad de dinero que hace falta para hacer posible un comercio internacional estable y ninguno de los grandes economistas se ha puesto de acuerdo sobre el punto.

Por lo tanto tenemos que buscar otra explicación que no sea la puramente cuantitativa de la inflación.

Esta explicación se dio fundamentalmente a partir de 1940 en que el propio Keynes publicó un opúsculo que era una especie de continuación de su famosa obra "La Teoría General del Empleo, el Interés y el Dinero". Este opúsculo, muy poco conocido, llevaba por título "Cómo financiar la guerra".

En ese libro Keynes expuso una nueva teoría de la inflación, la llamada teoría del "batch" inflacionista. Consiste sencillamente en lo siguiente. Todo país a corto plazo, en un período corto, tiene un límite de capacidad productiva; según Keynes ese límite es el

pleno empleo. En el momento en que se alcanza el pleno empleo la economía del país no puede producir más.

Mientras un país no llega al techo de su producción, toda expansión del gasto o de la demanda efectiva —como él lo llamaba— incluyendo en la demanda efectiva los gastos de consumo, la inversión privada y pública, el gasto público y las exportaciones, se pueden expansionar sin que ocasionen tensiones inflacionarias.

Pero Keynes da por supuesta una condición que no se da en los países subdesarrollados o en los países en vía de desarrollo como España o la Argentina.

Keynes suponía que había una complementariedad entre los factores de la producción, lo que quiere decir que en un lado estaba la mano de obra calificada y en otro lado estaba el equipo productivo. En un lado estaban las materias primas y en otro las máquinas. Es decir que había una armonía para conseguir combinar los factores de la producción en un proceso de expansión productiva.

Pero si hay mucha mano de obra calificada y no hay máquinas, o hay muchas máquinas y la gente no las utiliza, no hay complementariedad entre los factores y entonces la expansión de la producción no depende de aumentar la demanda de bienes de consumo sino de crear previamente esos factores y esto es lo que ocurre en los países subdesarrollados y en los países en vías de desarrollo. Por eso vamos a ver enseguida que la inflación estructural tiene como causa una falta de complementariedad entre los factores o una falta de complementariedad entre los sectores productivos.

Por lo tanto, la tesis keynesiana era que si hay recursos ociosos bastará expansionar el gasto público o el gasto de consumo, o la inversión o las exportaciones para que inmediatamente la producción aumente sin ocasionarse inflación.

Keynes decía: en el momento en que alcanzamos el pleno empleo, todo aumento de la demanda efectiva o sea del gasto nacional implica la aparición de una "brecha" inflacionista que eleva los precios, eleva la renta monetaria y pone en marcha un proceso acumulativo de inflación.

Por lo tanto para Keynes, la inflación tenía una clara explicación: la inflación se produce una vez que el país ha alcanzado el pleno empleo y los gastos superan a la producción por pleno empleo y en ese caso la terapéutica era muy sencilla, reducir los gastos, frenar el exceso de demandas, bien en el sector público o en el privado, bien en el sector exterior.

Pero eso era para las condiciones de Inglaterra en los años

treinta en que había un exceso de capacidad, pero esto no sirve para los países en vías de desarrollo por las razones que vamos a ver enseguida.

Y, sin embargo, los economistas formados en la tradición anglosajona lo aplican sin tener en cuenta que no sirve, porque las condiciones estructurales de nuestros países no son las mismas que inspiraron a Keynes cuando escribió su libro.

Hay otra teoría de la inflación que se llama inflación de costes. Esta explicación nos dice: cuando la remuneración de los factores de la producción, salarios, sueldos, intereses, etc., es superior a la productividad de esos factores o, lo que es lo mismo, cuando las remuneraciones crecen más de prisa que la productividad de los factores hay una inflación de costes, donde el caso más sencillo es cuando los salarios se elevan más de prisa que la productividad. Al aumentar las remuneraciones, como la producción no crece al mismo ritmo que la demanda a consecuencia de los mayores salarios, suben los precios y se inicia una espiral inflacionista.

Esta explicación es muy clara en muchos casos y también muy difícil de generalizar a los países subdesarrollados; porque puede darse el caso de que los salarios suban a consecuencia de un aumento del coste de vida y entonces ya no es una inflación de costes propiamente dicha.

Es evidente que el aumento de los salarios por encima de la productividad incidirá sobre los precios y originará una espiral inflacionista.

¿Pero es posible que un gobierno, cuando no puede contener el alza del coste de vida, pueda mantener los salarios congelados? Es muy difícil en un país con una estructura no totalitaria y además se introduce desánimo entre los trabajadores lo que disminuye la productividad y genera el pluri-empleo.

De modo que la inflación de costes es una de las posibles causas de inflación general, aunque es muy difícil aislarla de la inflación de demanda y de la inflación estructural.

Si existe una inflación de demanda, por ejemplo por un exceso de gastos por encima de la capacidad, bien sea determinado por las inversiones, por las importaciones o por el consumo, al subir los precios los salarios se elevan, aumento que no está determinado por el aumento de la productividad. Luego, una inflación de demanda degenera en la mayoría de los casos en una inflación de costes.

Pero, asimismo, la inflación de costes provoca, al elevar los

precios, una expansión monetaria para financiar los procesos de producción y así la inflación de costes degenera en una inflación de demanda.

Por lo tanto, teóricamente se puede distinguir una inflación de demanda de una inflación de costes pero es prácticamente imposible hacerlo en la práctica, porque una provoca la otra.

La inflación estructural está determinada por desajustes intersectoriales. Cuando la economía está creciendo y alguna parte de esa economía queda rezagada en el proceso de expansión, surgen tensiones estructurales que provocan la inflación que vamos a describir.

Concretamente, los dos sectores más responsables de la inflación estructural son el sector agrícola y el sector exportable, por lo menos este es el caso en la experiencia española.

Si una economía está creciendo a una tasa de desarrollo por ejemplo del 8 % o 9 % como la española y esto tiene lugar a través de un proceso de industrialización, todo proceso de industrialización generalmente viene acompañado de un proceso de urbanización; es decir que la población rural emigra del campo a la ciudad atraída por los mayores salarios que la industria ofrece.

Es evidente que se podría evitar esto mediante una descentralización de la industria, creando industrias en los centros rurales; es decir que se planificara la ubicación de las industrias de una manera racional. Pero hasta ahora nunca se ha hecho así. La industria se establece en los lugares más propicios para el desarrollo industrial, y los lugares más propicios están cerca de las ciudades por que hay una serie de ventajas que se llaman economías externas: facilidades de comunicación, facilidades de suministro de energía, facilidades de suministro de agua y de materias primas, de equipos de otras industrias. Es decir, las condiciones favorables para una industria las crean las otras industrias.

Toda empresa o industria que se localice en una región industrial encuentra ventajas por esa localización. Al contrario, si se localiza en una región agrícola donde no hay otras industrias tropezará con grandes dificultades. Esto tiende a localizar la industria en centros industriales. Por ejemplo en España, casi toda la industria se ha instalado en la región catalana, en la región vasca y en Madrid, ante la presencia de un gran mercado y de facilidades en el orden crediticio, etc. Y lo mismo ocurre, creo, en la Argentina, con Buenos Aires.

En cambio, las industrias locales complementarias a la agricultura van languideciendo por la carencia de mano de obra, la carencia de bienes de equipo, de técnicos, de empresarios, etc.

Este éxodo de la mano de obra y de los factores de producción hacia las ciudades va determinando una creciente demanda de bienes de consumo que no se producen en el área industrial: alimentos, materias primas, etc,

Es evidente que, en muchos casos, existe un exceso de población campesina en el campo y que este movimiento facilita la transformación de la estructura agraria, pero eso no sucede de una manera espontánea.

En España mucha gente decía: el día que los campesinos emigren a la ciudad habremos resuelto el problema agrario. No ha sido así y sin embargo la producción no ha aumentado, ha disminuido. ¿Por qué? porque no se ha capitalizado al mismo ritmo en que la gente se iba.

Evidentemente, la sustitución del hombre por la técnica exige grandes volúmenes de inversión. En España, por ejemplo, invertimos en el campo el 14 % de la inversión total; notoriamente insuficiente para sustituir el hombre por la máquina.

Tampoco el campesino está preparado para adoptar las técnicas modernas, no hay empresarios en el campo. No hay empresas con un espíritu capitalista de beneficios y de progreso; hay un status diferente, una mentalidad diferente.

Total que, al expansionarse la renta nacional a un ritmo del 8 % anual acumulativo, la demanda crece pero la oferta de bienes de consumo de origen agropecuario no aumenta. Entonces, surgen dos problemas.

Primero, los precios de los bienes de consumo se elevan; el índice del coste de vida se eleva. En España lo que más ha subido en los últimos años ha sido el índice de los alimentos.

Como estos países, en las primeras etapas de su desarrollo económico tienen fundamentalmente como fuente de ingresos exteriores las exportaciones tradicionales de productos agrícolas y productos mineros, la gran demanda interior y la subida de precios desvía la exportación de los mercados exteriores hacia los mercados interiores.

Por ejemplo para nuestras naranjas hubiesen constituido un verdadero problema las medidas restrictivas del mercado común adoptadas hace poco. Y apenas se ha notado porque el mercado mayor de naranjas lo tenemos en el propio país.

Si a eso unen ustedes una corriente explosiva de turismo con quince millones de visitantes al año que, naturalmente, vienen a consumir las naranjas en España, hay una desviación de la corriente exportadora. Daría lo mismo si la producción fuese elástica, pero resulta que no lo es y, al no ser elástica, las demandas del

turismo de bienes de consumo, da lugar a que deban comprarse alimentos fuera del país para poder mantener la estabilidad de los precios.

Por otra parte, el proceso de industrialización exige importaciones masivas de bienes de equipo, de maquinarias, y de otros bienes intermedios que no se producen todavía en España.

Exige, además, puesto que el grado de desarrollo de nuestra técnica autóctona es pequeño, puesto que los investigadores españoles no tienen demanda de empresas para hacer innovaciones, da lugar a que casi todos los bienes de equipo que se utilizan sean con patente extranjera por lo cual hacen falta más divisas.

Es evidente que en el caso español, el turismo y las remesas de emigrantes han compensado en alto grado la insuficiente expansión de las exportaciones; solamente el turismo da más de mil quinientos millones de dólares al año.

Pero, al mismo tiempo, el turismo genera una demanda adicional de bienes de consumo. Si la agricultura no responde a la expansión de la demanda se elevan los precios. Luego hay otro problema también estructural que es la falta de una organización comercial adecuada para la venta de los productos agrícolas.

Se da el caso de muchos productos, como las manzanas y las ciruelas, que se paguen con márgenes del 600 y del 700 %. Entre el precio pagado al agricultor y cobrado al comprador hay ese margen; eso no beneficia al agricultor y no estimula la agricultura. Esos son problemas estructurales.

Por consiguiente, al aumentar el índice del coste de vida por esta rigidez estructural, se elevan los precios y viene la reacción en cadena. El sector industrial se encuentra con que ha subido el coste de vida en los alimentos, etc.; los salarios suben. Al subir los salarios, inmediatamente se plantea un dilema: o los salarios mayores repercuten sobre los precios, si el grado de competencia imperfecta es lo suficientemente grande, si la industria presenta una estructura oligopolística o monopolística, pueden repercutir los aumentos de salarios en los precios. Pero de lo contrario, si son empresas que no dominan el mercado, disminuyen los beneficios y por lo tanto se desalientan las inversiones privadas y se paraliza en cierto modo el desarrollo.

Pero, si el aumento de salarios repercute en los precios, tenemos un impacto inflacionista nuevo que da lugar a que el sector público, que no puede comprimir los gastos públicos porque éstos en el estado moderno son imposibles de comprimir porque las funciones del estado moderno son muy complejas, más en un proceso

de desarrollo en que el gobierno tiene que hacer grandes inversiones en educación, en infraestructura, en capital social.

Si el sistema fiscal no es lo suficientemente elástico para aumentar los impuestos, los ingresos impositivos en la medida en que crecen los gastos públicos a consecuencia de la inflación, el estado tiene que hechar mano de la expansión monetaria con lo cual se inicia un proceso de inflación de demanda. Todo esto va yuxtapuesto.

En definitiva, la inflación empieza su marcha ascendente y al gobernante se le presenta el siguiente dilema: contener la inflación con medidas tradicionales de contracción del crédito, de superávit en el presupuesto si lo puede lograr, de restricciones, etc.

Esto tiene una eficacia muy relativa porque lo que hace es reducir los medios de pago en poder del público y de las empresas. Como la estructura de los costes es irreversible y los factores estructurales están ahí actuando, el empresario que se ve con menos crédito, con menos dinero, se ve incapacitado para continuar su proceso productivo porque la estructura del coste no se lo permite, la rigidez del coste.

Si no cambia la estructura, las medidas de contención del crédito paran el aumento de precios pero provocan inmediatamente un proceso de recesión. Se paralizan las inversiones privadas, se paraliza el proceso de desarrollo y de esa forma se paga la inflación con la recesión y el paro masivo.

Lo que hay que hacer es intentar las reformas estructurales que impiden que el crecimiento sea equilibrado, especialmente las reformas que conciernen a la inelasticidad del sector agrícola y a la falta de expansión del sector exportable.

Por otra parte el aumento considerable de las importaciones da lugar a una creciente demanda de divisas que, si no se reciben por una ayuda exterior adecuada, se ve el país imposibilitado por su déficit económico en la balanza de pagos.

Y luego, por si esto fuera poco, si el país es un exportador de materias primas y de alimentos, los términos del intercambio juegan un papel decisivo. Si los términos del intercambio se vuelven desfavorables para el país en vías de desarrollo, exportando cada vez más cosas, puede importar cada vez menos porque su capacidad importadora se reduce al empeorar los términos del intercambio, y éste es un problema muy grave que no se puede resolver con una iniciativa particular.

Por consiguiente, como solución final a la inflación estructural para hacer posible acometer la estabilización monetaria con medidas de carácter ortodoxo, hace falta acometer las reformas estruc-

turales que obstaculizan el crecimiento equilibrado del país. Es decir: dedicar más atención a la agricultura; invertir más en el campo; crear condiciones favorables en el medio rural para que la gente no encuentre atractiva la emigración masiva a la ciudad.

¿Y dónde están los recursos? Los mismos recursos que se gastan en las grandes ciudades se pueden gastar en las pequeñas ciudades y en la zona rural, quizás menos.

El coste social de la aglomeración urbana, cuando se llega a proporciones gigantescas como el caso de esta ciudad o de Madrid o de cualquier otra gran urbe, es extraordinariamente mayor que los costes que implicaría la transformación de las condiciones sociales humanas de los distintos lugares.

Y, además, superar el viejo concepto de que la industria debe ir espontáneamente hacia los lugares más favorables, creando unas condiciones sociales y económicas atractivas para la creación de industrias en la zona rural. Esto es una de las múltiples soluciones que cabe indicar.

Pero hay otra solución. Hay que ir, en lo posible, a una integración de pequeñas economías en un gran mercado común, que permita el aprovechamiento óptimo de las ventajas de la producción en gran escala, del progreso técnico, de la automatización, etc.

Hay que ir a ese ideal de comercio libre que señalan los economistas pero que es irrealizable mientras existan fronteras políticas. La creación del gran mercado es una de las condiciones para la reducción de costes y para el debido aprovechamiento de los recursos disponibles.

Hay que superar los viejos conceptos de un nacionalismo económico estrecho de fronteras, porque esto es incompatible con un desarrollo equilibrado y con un desarrollo rápido.

Hay que ir a las grandes integraciones, a la creación de grandes mercados en los cuales los países se unan para un objetivo común de progreso y de estabilidad.

Hay que ir por último, hay que imponérselo a las grandes potencias, a una estabilidad en los precios de las materias primas y de los productos agrícolas a escala internacional. O, si no, que devuelvan a los países en forma de inversiones o de donaciones, la pérdida del valor que experimentan las exportaciones cuando atraviesan las fronteras de los grandes países industriales.

Esto fue lo que hizo Inglaterra en el siglo XIX, que hizo posible el crecimiento equilibrado de Inglaterra que sacrificó su agricultura en aras de la industrialización con saldo favorable en su balanza de pagos.

Pero es imposible, si no podemos exportar a los países industriales nuestros productos y encima éstos se están desvalorizando, conseguir un equilibrio en la balanza de pagos.

Pero es que las tensiones sociales tienden a generalizarse en el mundo entero y hoy es completamente quimérico pensar que la estabilidad se va a lograr en el aislamiento.

El volumen de exportaciones que un país subdesarrollado tiene que lograr para su desarrollo económico es muy considerable; si no se establece un mecanismo de estabilización de los precios internacionales, es imposible que este país sin ayuda y sin donaciones pueda conseguir un desarrollo equilibrado.

Pero eso arrastrará sin duda un desequilibrio acumulativo en la balanza de pagos de todos los países subdesarrollados, que son la mayoría, arrastrará a una grave crisis a los países industriales.

De modo que hay que ir a soluciones estructurales institucionales de este tipo, sin lo cual las medidas de tipo tradicional no constituyen solución alguna.

La inflación tiene una etiología estructural complicada con inflaciones de tipo de demanda, de exceso de demanda y de exceso de coste, pero inducida de la inflación estructural.

Una vez planteado el problema así, yo creo que estamos en condiciones de llegar a hacer posible los dos objetivos fundamentales del desarrollo con la estabilidad monetaria y con el equilibrio en la balanza de pagos.

En España esto se dudaba hasta que, después de la aplicación del primer plan de desarrollo, nos hemos convencido, y ahora el segundo plan de desarrollo está volcado íntegramente sobre el sector agrícola y sobre el sector exterior. No vamos a escatimar esfuerzos para incrementar la productividad del campo y del sector exportador.

Con esto creo haberles dado una idea de cómo debe ser enfocada la morfología de la inflación, y puede que contribuya en cierto modo a encauzar los esfuerzos comunes hacia una estabilidad social y económica. Es muy difícil conseguir una estabilidad política, una estabilidad social con tensiones inflacionistas constantes o con un estancamiento secular que no resuelva ninguna de las aspiraciones de las masas, que hoy están completamente conscientes de que el desarrollo es algo que se puede lograr.